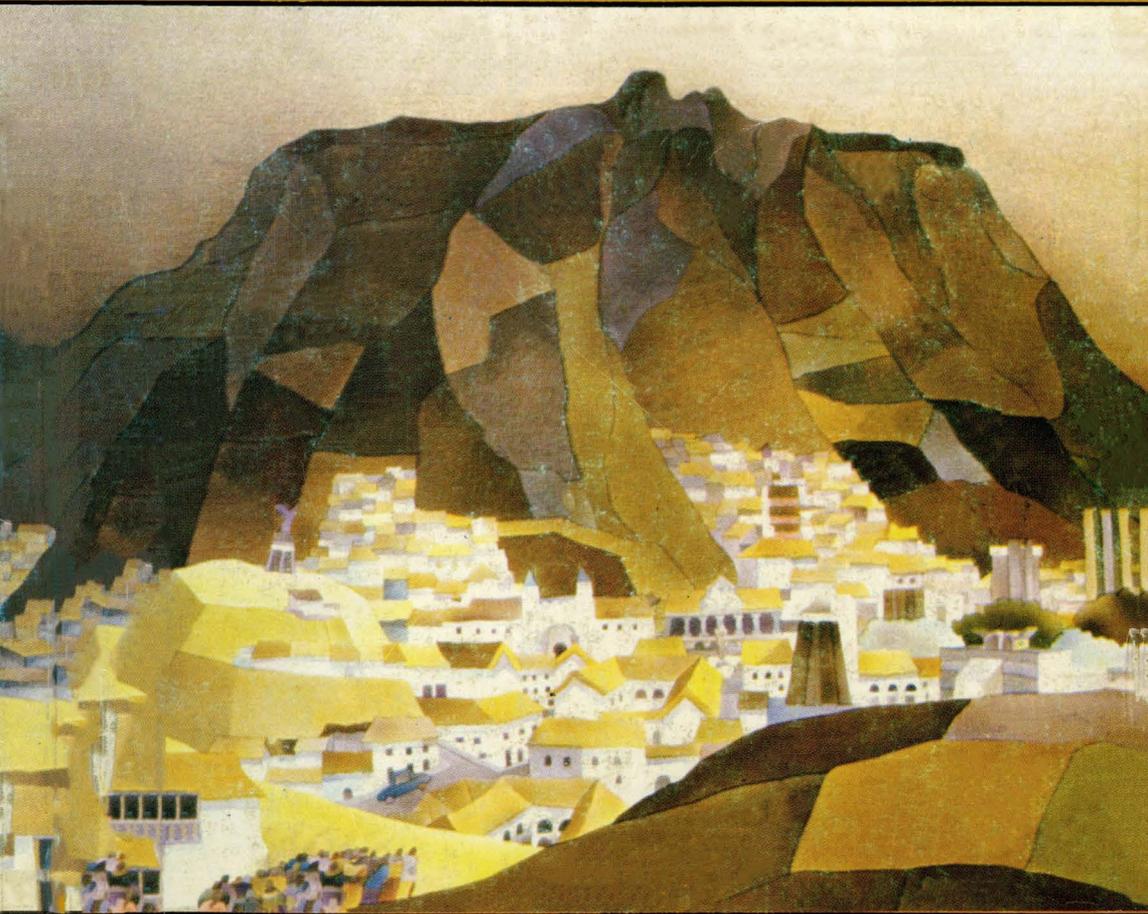


ecuador DEBATE

FEBRERO DE 1986

QUITO – ECUADOR



LA VIVIENDA POPULAR

10



ecuador DEBATE

quito-ecuador

ecuador DEBATE

COMITE DIRECTIVO:

José Lasso, Manuel Chiriboga, Francisco Rhon Dávila, Marco Romero, Agustín Armas, Lautaro Ojeda, Jaime Borja.

CONSEJO EDITORIAL:

Galo Ramón, José Sánchez Parga, Manuel Chiriboga, Francisco Rhon Dávila, Byron Toledo, Fernando Borja.

COMITE DE REDACCION:

Andrés Guerrero, Fernando Gutiérrez, Iván González, Hernán Rodas, Francisco Gangotena, Carlos Arrobo, José Mora Domo, Antonio Guamán, Adolfo Ruíz.

DIRECTOR:

José Sánchez Parga.

DISEÑO:

José Mora Domo

DIAGRAMACION:

Vladimir Lafebre.

BIBLIOTECA

FLACSO
Ecuador



CAAP

*Portada: Arq. Marco Vásquez
Detalle de pintura*

1.500 ejemplares
Impreso en Talleres CAAP
Fotomec. e Impresión: G. Acosta
Centro Andino de Acción Popular
Quito – Ecuador

ecuador DEBATE

NOTAS

1. La Colección ECUADOR DEBATE es una publicación del Centro Andino de Acción Popular CAAP, bajo cuya responsabilidad se edita.
2. ECUADOR DEBATE es una publicación periódica que aparece tres veces al año y cuyos precios son los siguientes:

	Suscripción	Ejemplar Suelto
América Latina	US\$ 10	US\$ 3,50
Otros países	US\$ 12	US\$ 4
Ecuador	Sucres 550	Sucres 200

(En todos los casos incluye el porte aéreo).

3. La dirección postal de la Revista es: Apartado Aéreo 173-B, Quito, Ecuador, Oficina ubicada en Av. Las Casas 1302 y Arias de Ugarte. A esta dirección deberán enviarse las solicitudes de suscripción, compra de ejemplares sueltos y solicitudes de canje de similares.
4. El material sometido para su publicación (artículos, comentarios, etc.) deberá ser canalizado en la medida de lo posible a través de los miembros del Comité de Redacción.
5. Opiniones y comentarios expresados por los colaboradores son de responsabilidad exclusiva de éstos y no necesariamente de la Revista.
6. El material publicado en la Revista podrá ser reproducción total o parcialmente, siempre y cuando se cite la fuente que le dé el respectivo crédito.

El símbolo de la revista es el logotipo del Centro Andino de Acción Popular.

	Pág.
EDITORIAL	5
COYUNTURA	
EL AUTORITARISMO ESTATAL Y LA VIOLENCIA SOCIAL	
Luis Verdesoto	11
ESTUDIOS	
LA CASA ES LO PRIMERO: LOGROS Y FALACIAS	
Eric Dudley	35
UNA ALTERNATIVA TECNOLÓGICA PARA LA VIVIENDA POPULAR	
Carlos Larrea Maldonado	53
EXPANSION URBANA Y ACCESO A LOS SECTORES POPULARES AL SUELO	
Luis Oquendo	65
DE LA MANIPULACION DE LA ESPERANZA A LA GESTION DEL FRACASO: LA TRISTE HISTORIA DEL PLAN TECHO	
Fernando Carrión	103
ANALISIS Y EXPERIENCIAS	
ANALISIS Y EXPERIENCIAS	
VIVIENDA Y AUTOGESTION POPULAR: EL CASO DE LA COOPERATIVA SANTA FAZ DE RIOBAMBA	
Mario Vásconez	117

PROGRAMA DE VIVIENDA. CASO: COOPERATIVA DE VIVIENDA UNIDAD POPULAR	
Luis Gallegos	141
UN PROBLEMA HABITACIONAL EN CUENCA: UNA REFLEXION SOBRE EL CENTRO HISTORICO	
Fernando Cordero C. y Fernando Pauta C.	159
VIVIENDA POPULAR RURAL Y ENSAYO DE CONSTRUCCION DE INDICADORES DE MEDICION DE SU CALIDAD	
Raúl Egas	175
LAS TECNOLOGIAS TRADICIONALES DE VIVIENDA EN LA ZONA ANDINA	
Manuel Pérez	191

coyuntura

EL AUTORITARISMO ESTATAL Y LA VIOLENCIA SOCIAL *

Luis Verdesoto

I. LA COTIDIANIDAD DE LA VIOLENCIA ESTATAL

1. La procacidad de la desinformación

En 1984 cuando analizábamos la coyuntura electoral, poníamos énfasis en distinguir al interior del discurso del Frente de Reconstrucción Nacional y del entonces candidato León Febres Cordero, entre los rasgos de la convocatoria electoral hacia las masas —pan, techo y empleo— y el proyecto refundacional de las relaciones Estado-sociedad, opacamente presentado a las élites políticas. La violencia protagonizada, básicamente, por el aparato electoral del Frente, contextualizaba la figura del candidato y nuestros análisis; también enmarcaba las acusaciones de sus contrincantes de que el triunfo de Febres Cordero significaría el término de la tan elogiada y utilizada “paz social”.

* Trabajo preparado para la Revista *Ecuador Debate* N.º 10. Fue presentado en el Seminario “Procesos de Reconciliación Nacional en América Latina”, Bogotá 5-7 de Diciembre 1985.

No obstante a que la violencia comenzaba a retomar sitio y estatuto en la escena —ya que había estado presente en su forma política en otros momentos de la historia del país— no fue asumida como un “peligro cotidiano”. Total, la política es generalmente mirada como un acontecimiento exterior —frente al cual somos admiradores o críticos— pero con un bajo involucramiento “pasional”. Tal vez, la importancia del momento actual y su diferencia con el pasado inmediato, es que el despotismo político comienza a amenazar nuestros cuerpos —no sólo como agresión económica a la reproducción del consumo y a nuestra inserción clasista— e involucra crecientemente a la pasión en la acción social y, quien sabe, luego reorganizará la política (o, más bien, aspiramos a que así sea).

La violencia como un acontecimiento “visible”, que crea resultados, (podemos ver y calificar los asesinatos políticos; también, los torturados tienen una tangibilidad fácil y casi mensurable, pese a que se los oculte), apenas es la punta del “iceberg” del autoritarismo que ha filtrado al sistema político y se ha desvelado al interior de las relaciones sociales. El autoritarismo —más aún el estatal— maneja redes invisibles que nos atrapan y desarman acuerdos básicos de la política, de la trama social y de la vida cotidiana. Comenzamos por esta última, describiendo desordenadamente situaciones y comportamientos que nos permitan una aproximación más ágil y, quizás, más sensitiva al autoritarismo. Luego haremos una aproximación analítica sobre aquellos temas, lo que nos devolverá el lenguaje y la desviación profesional.

No sé de cuánta impotencia se llena usted lector cada mañana al abrir los periódicos y emprender el recorrido por la desinformación. Más procaz es mantener la costumbre de mirar los noticieros de televisión. Parece que la imagen es más insultante en el ocultamiento. En un momento llegué a preguntarme si estas opiniones nacen de construcciones psicológicas o de problemas interiores a mí. ¿Se trata acaso de sectarismo —que no debe confundirse con opción y posición política— y de subjetividad de derrotado?. Luego de haber caído en esta duda, me di cuenta que había asumido un lenguaje, el lenguaje del oponente principal, que ahora es gobierno. Puedo ahora ser enfático y reconocer que fui empujado a ese razonamien-

to. He podido discriminar y localizar el problema en la actual necesidad gubernamental de romper, no sólo con el discurso político de la oposición, sino acabar con la comunicación política entre los actores de la sociedad.

Esta historia comenzó luego de la sobresaturación de discurso electoral —no necesariamente político— a que fuimos sometidos hasta mayo del año pasado. Se la utilizó para cancelar los programas de opinión política de la televisión que si bien no fueron ideológicamente formativos, permitían colegir los pasos que darían los actores de algunos conflictos —aquellos escogidos por el anfitrión y/o el dueño del canal—, enterarnos de primera mano de algunos chismes —que por esta vía se socializaban y se convertían en acontecimiento— y mirar las actitudes del personal político —que siempre son significantes de primer orden de la política.

Desde entonces, la única “opinión” que califica acontecimientos —reconstruye, adecúa y enaltece los suyos y deslegitima a los oponentes— es la del gobierno, que, a su vez, ha sido apropiada e interiorizada por los medios de comunicación. De algún modo, estos, antes recuperaban desfiguradamente y con su propia ponderación a los diversos actores sociales y políticos. Hoy, parecen medios de difusión de otro país; o, tal vez sean del nuestro, del Ecuador, del que hemos salido del escenario (o nos han sacado) y en el que cada día perdemos derechos, incluso el de sentirnos incorporados a la comunicación política a través de los periódicos y la televisión. Por ello, desde hace algún tiempo, he sido sacado de la coyuntura y de su análisis. Me resisto a leer un periódico y prefiero ver “Dancing days”, aun a sabiendas de que me he quedado como artesano sin herramientas o como analista de coyuntura informado por medio de la bamba.

La generalización es evidentemente injusta. En tres espacios solemos ratificar nuestra identidad política: una revista, un periódico y varios radios. Estas últimas nos han devuelto una forma de utilización del tiempo libre de cuando éramos niños —y la escuchábamos junto a la empleada—, aunque nos falta la imagen como fuente de convencimiento. La revista y el periódico —cuyos nombres es innecesario repetirlos— ratifican nuestra ubicación en el espectro,

pero lastimosamente, pocas veces, hacen intervención política, en el sentido de emitir tomas de posición que impliquen actitudes y voces de mando para la coyuntura.

Entre abril y mayo de este año sentimos esperanza. ORTEL iba a aparecer. Entre las informaciones con que se contaba y los chismes que fabrican utopías fuimos alimentando la creencia que sería posible volver a identificarnos con un medio. (Además, "Esclava Isaura" estaba a punto de terminar). Canal 5 un día apareció. Su clausura nos mostró que no había espacio para nosotros en el hacer público. El tratamiento gubernamental de este asunto dejó ver sus intereses en la fabricación de imágenes políticas. A su criterio, la concentración y control de la información y la exclusión de la opinión de los contradictores es condición de posibilidad de gobierno. No es la única esfera en que lo hace. No sólo requiere de nuestra existencia pasiva en la sociedad; parece que persigue negarnos. ¿Será esto un alto nivel de autoconciencia de la ilegitimidad gubernamental? Tal vez mayor de la que actualmente le atribuimos.

En este flujo entre esperanza y frustración; entre la ilusión de volver a tener a los noticieros como instrumento de las Ciencias Sociales y el retorno a una telenovela, el autoritarismo dejó de ser espectro. Se presentó desnudo y sólo vimos fuerza. Nos preguntamos acerca de la nuestra. Acaso no habría protestas generalizadas —quizá hasta una manifestación de sectores medios, a la que me aprestaba a asistir y preparaba mi mejor voz para gritar igual a miles de televisores encendidos— e ira y descontento generales. Los hubieron, pero casa adentro. Se comprobaba una vez más la imposibilidad de generar acciones colectivas. ¿Cuáles serían las causas? Quién sabe si al finalizar el artículo tengamos pistas más claras. Hasta tanto, reflexionemos sobre dos hechos.

De un lado, nadie fabricó la protesta colectiva para expresar la disconformidad con la censura. Se siguió los pasos de la legalidad y se acudió al Dr. Carlos Julio Arosemena para que la lleve adelante. Más allá de las razones tácticas obvias, es evidente que nosotros no podemos ser protagonistas ante el Estado. Nuestra identidad representada en el ámbito público está destinada a la inviabilidad de la

causa patrocinada. ¿Significará esto, que hasta la idea de ciudadanía deba ser recuperada, luego de este intento destructivo de la sociedad civil?.

De otro lado, asistí un día al lanzamiento de una revista de oposición al que no fui invitado, pero respecto a la cual me sentía solidario. (Finalmente, son tan pocos los actos a los que uno puede asistir para hacer oposición y ratificar que los amigos son los mismos e ilusionarnos si vemos alguna cara nueva). En este acto, un ejecutivo de canal 5 contó una anécdota y una esperanza. La anécdota: con su canal no había como jugar fútbol; los dueños de otro medio de comunicación se lo prohibieron a sus trabajadores. La esperanza: poder volver a jugar fútbol y ganarle por goleada a la Revista Vistazo. ¿Cuál es el objetivo: golearle a Vistazo o volver a jugar fútbol?. Parece que si ocurre lo último, lo primero se da por descontado. Pero ¿cómo volver a la cancha, cuando el objetivo gubernamental es sacarnos de ella y apropiarse del balón?. Digámoslo en jerga: nuestro objetivo debe ser reconstituir el escenario, rearmar el sistema que permita la competencia política, desarrollar la opinión. Se trata de regenerar condiciones que permitan construir opciones, incluso la de perder en el enfrentamiento, pero mantener la posibilidad de construirlas. La disyuntiva gruesa frente a la actualidad es, por un lado, la reconstitución de sociedad civil con capacidad de condicionar la gestión estatal y de germinar alternativas de organización social, ideológica, estatal o, por otro lado, la invasión estatal de la sociedad civil para desarticularla como parámetro de gestión pública.

2. De cómo los pavos se matan en la víspera

Las anécdotas sobre el autoritarismo son varias. Acudimos a ellas, para luego reflexionar con sistematicidad acerca de sus variantes. Evidentemente, no todos los lectores de este artículo son sociólogos. Pero sí se podrá entender, que una buena parte de científicos sociales nos vimos involucrados en la "vagancia" de Cueva y Espinoza, aunque no hubo un alcance global explícito en la acusación. Y va tiempo que nuestro hacer profesional está en cuestión.

De algún modo, esta sociedad acostumbrada a identificar gestión estatal con características de la personalidad del gobernante, hizo también antes otra extensión indebida: el gobernante antecesor con las Ciencias Sociales. Y nos sentimos arrastrados, sin que lo quisiéramos, en esa caracterización que implicaba un juicio y una evaluación acerca de las políticas públicas de aquel período.

Ahora, no sólo el sentido común nos cuestiona. Es el Estado el que nos deslegitima. "Sociólogos vagos" implica vagancia y no productividad de nuestro hacer: investigar las formas que adopta la sociedad y pensar las imágenes de una organización social y política alternativa. Es cierto que existen opciones de los actores frente a su quehacer y su futuro, unos llevan al avance general de la sociedad; otras a su retroceso. Por un lado, hacer de la producción un acto de acumulación y del capital y fabricar un orden cerrado que recree a las formas de explotación. Por otro, hacer de la sociedad un espacio de reconocimiento de las identidades, de los creadores del valor y de los portadores de opiniones distintas; es decir, un orden abierto.

Para el orden cerrado el futuro no existe. Son ellos la realización del futuro. No pueden entablar diálogo con las alternativas. Pero, más que eso, son concientes de la ausencia de futuro como clase; es decir, nacieron oligarcas. Al orden abierto —aunque algunos nieguen o vivan en sí mismos la contradicción del sectarismo y del dogmatismo— le inspira una alta dosis libertaria; aquella que Montesquieu desde el infierno aún aspira.

Lea esto y ratifique su criterio —si lo tenía— que los sociólogos llegamos a esta profesión inducidos por la vagancia. El Presidente, hace pocos días, también lo pensó y dijo. Entre las necesidades de la acumulación de contar con más contralores eficientes de la producción y de la explotación; y, la "imagenería" de los investigadores sociales, no existe donde perderse. Por favor compare una libra de sal de Ecuasal con el peso de este número de *Ecuador Debate*. ¿Qué utilidad tiene lo uno y qué lo otro? Este capitalismo depredador que se pretende imponer ahora en el país, aspira incluso a superar la división entre trabajo manual e intelectual, al excluir de este último, a las ideologías de futuro.

Lo de sociólogos vagos fue el antecedente necesario de unos pavos que serán sacrificados el día anterior. La suculenta figura del portavoz oficial del palacio (y no podemos dudar de su afirmación ya que nace en el centro mismo del poder) en un almuerzo en la Cámara Ecuatoriano-norteamericana, al responder a una pregunta acerca de los alcances de la subversión en el Ecuador, planteó, en una pretendida graciosa, inteligente y, a no dudarlo, construída por más de un comunicador social, "elaboración política", que "a los pavos se los mata la víspera".

Mi primera reacción fue examinarme. ¿Acaso estaba involucrado en esta zoología gubernamental? El apelativo de subversivo formaba parte del cable internacional y de alguna, más o menos clandestina, declaración de portavoces de la mal entendida seguridad nacional. Pero el apelativo ya pertenece a varios ecuatorianos. El lenguaje puede tener como propiedad el "fundamento in re" (base en la realidad), según decían mis profesores de metafísica. Pero también tiene la posibilidad de interpelaciones más o menos difusas o virtuales. Este es el caso.

Según creo, por principio, la política es, al menos ternaria. Es decir la entiendo como conflictividad entre actores ubicados en diversas posiciones del espectro político. Estos, a partir de su entidad, negocian y luchan, compiten y se alinean, en función de sus objetivos. Se pretende el avance general del cuerpo social y se plantean estrategias inclusivas de otros actores —distintos del actor convocante— en un intento por orientar sus comportamientos a partir del consenso. (Esto que el lenguaje especializado llama hegemonía). Y también la política puede ser pluridimensional. Es decir alcanza a varias dimensiones de varios espectros, en que la posición de los actores no puede ser reducida a un calificativo o dimensión. Preguntémosnos si todos los partidos políticos de centro-izquierda tienen la misma posición frente a las organizaciones populares, a la modernización estatal, etc. Intento decir que la ubicación de los actores sociales y políticos es un fenómeno sumamente complejo; y, más complicado aún es respetarla en la práctica política.

¿Qué tiene que ver lo anterior con los pavos-cadáveres de la

noche anterior al gran festín?. (¿Qué se estará proyectando festinar?). Mucho. Los pavos evidencian una concepción de la política que ha sido ratificada muchas veces por el gobierno actual. La lucha política pasa, en la ideología gubernamental, por la polarización de campos: o estás contra el gobierno o con él; u opositor, destructivo y subversivo o colaborador, reconstructor y ciudadano, etc. La pluralidad de opciones en el espectro y la pluridimensionalidad de alternativas para entender a los actores desaparece. Bajo estas premisas la política solamente es la reducción del adversario a cero; es control y subordinación permanentes. La política es una guerra; la destrucción del enemigo, la única alternativa.

Si en la ideología de los neoconservadores refundacionales de la relación Estado-sociedad, la política se reduce a dos en un choque polar y definitivo, todos los métodos se justifican por los fines. Por ello, no es extraño que en una "innovativa" interpretación del Derecho y de la Constitución, existan ahora ecuatorianos al margen de los derechos humanos. Esta última frase me recuerda que estoy escribiendo sobre Ecuador. Qué pena para nosotros.

Por lo dicho, hay un intento por reducir los espacios de la política y sustituirlos por una polarización en que pierdan identidad los actores opositores a los neoconservadores criollos. Cae por sí misma la tesis contraria: recuperar la existencia de múltiples entidades en la oposición y demandar la vigencia de los viejos acuerdos como el derecho a la oposición y el derecho a la vida. Bajo este supuesto, se puede empezar una crítica a posiciones equivocadas. Pero retomemos el hilo central de la anécdota y desagreguemos sus componentes autoritarios, ya que es un ejemplo bastante puro.

La "alta elaboración de teoría y táctica políticas" que estamos analizando también tuvo su contexto físico altamente significativo. El locutor de exuberante figura —quien había prometido evitar el desorden preparando la víspera los elementos de la cena (solemos comer pavos en Navidad, fiesta de alegría, de paz, de niños)— manifestaba a los comensales que deben tomar en cuenta que él no había comido. Los receptores de este mensaje —en primera instancia— fueron activos comerciantes entre Estados Unidos y el

Ecuador. Entonces se introdujo otra descomunal figura en el escenario, que nos recuerda cruzadas sangrientas en nombre de la defensa de la sociedad cristiana, occidental y capitalista. Así, lentamente, comenzamos a transitar desde el autoritarismo, como forma genérica de articulación de las relaciones sociales y estatales, hacia el terror. Le pido lector, que en este momento reflexione sobre la afirmación de si el terror es o no un hijo de la organización estatal.

La alta elaboración política en análisis, no sólo fue pronunciada en un significativo contexto, con refinados interlocutores, sino que introdujo una variante a los tradicionales apelativos utilizados en la política ecuatoriana. Uno de los que más historia hizo en el país fue "insolente recadero de la oligarquía". Sus componentes fueron: una figura humana —aunque la actitud de recadero es poco digna o, en todo caso, dependiente, sin autonomía—, con referencia a un grupo social concreto —ante quien se manifestó oposición y ubicación en el campo contrario, pero se le reconoció adversario— y en una actitud —la de insolencia, que no se compadece con la poca dignidad de un recadero—. En suma, el apelativo tiene referencia a comportamientos humanos y sociales.

En pocos años cambiamos de actores y también de verbalización política. "Los pavos se matan la víspera" exhibe diferencias en la retórica política, que cabe pensar. La primera, la animalidad del enemigo. Los contrincantes (pavos de múltiples significaciones y referencias) no son figuras humanas, no se les reconoce este estatus. La referencia, evidentemente, no es a un agrupamiento social. Los animales no forman parte del mismo modo que los hombres de la sociedad y, consiguientemente, son tratados desde otro nivel y actitud; no desde la del enemigo político en el campo contrario. Y, finalmente, el comportamiento que se asumirá es la provocación de la muerte, que sí se compadece con la visión del hombre que domina la animalidad de terceros a través del sacrificio.

Dos características se reconocen en este discurso. De un lado, la ruptura de los patrones básicos de la ética política. No se trata de una lucha basada en los consensos y en los disensos. Se trata de una recomposición de la política en base al dominio y a la coerción. De

otro lado, en los receptores de este mensaje se crea una actitud de intimidación. El juego de mi intimidad fue el siguiente.

Sentí al inicio una culpabilidad no consentida racionalmente. ¿Por qué debía temer? Sin embargo, me sentía incluido en alguna parte de la taxonomía zoológica gubernamental. Incluso cuando luego logré sacarme la culpabilidad, no pude tener certeza de los alcances de la falsa interpelación. Pero, también, la interpelación es en sí misma falaz. Para reconocerlo era necesario indagar acerca de la ruptura de los logros mínimos o acuerdos básicos del sistema político. La intimidación como respuesta al disenso; la liquidación física y el terror como vía para la reconstitución de las relaciones Estado-sociedad, deben ser entendidos para plantear las tareas que se le opongan. Las respuestas no pueden ser exclusivamente individuales. En el corto plazo, deben enrumbarse hacia el fortalecimiento de la sociedad civil y de la opinión pública; tendiendo hacia en mediano plazo a cuestionar todas las formas de autoritarismo que nacen en la sociedad y que el Estado expresa. Las respuestas tienen que ser colectivas. Apelo a otra vivencia, menos intimista, más objetiva para la indagación.

3. La reclusión en lo privado.

Durante mucho tiempo, fuimos acostumbrados a ser izquierda marginal. La marginalidad era múltiple. Un discurso ausente y sin relación con la conflictividad de la sociedad; una objetiva desconexión del movimiento de masas; una teorización con aberrante ausencia de sujeto, destinatario, coyuntura e historicidad; un "calvinismo" personal, que nos constituía en monjes de clausura que rechazábamos la cotidianidad. Eramos, a no dudar, marginales, sin existencia social; pero sí, con una alta y floreciente subjetividad. Desde entonces tenemos vocación a refugiarnos en ella, como sustituto de la política.

El paralelo abusivo en las estrategias de subsistencia de la "marginalidad" urbana y rural. Estas situaciones se definen por la imposibilidad de articularse al sector formal de la economía; por la

inserción intermitente al mercado laboral; por el consumo inestable y la ciudadanía incompleta. La no obtención de un ingreso en el ámbito público les conduce a estrategias domésticas y privadas de reproducción.

Con la misma estructura y con diversos elementos, muchas veces entablamos una relación similar con la política. Hace unos días visité a un amigo —científico social y de izquierda— y entre los inevitables temas que aparecieron estuvo mi queja por la falta de hechos alrededor de la ruptura de relaciones con Nicaragua. Más allá de la forma como se dio, fue evidente la ausencia de acción; sino, compárese con la ruptura de relaciones con Cuba en los años sesenta y, máxime, que Nicaragua es un país que lucha arduamente por su democratización. Mi amigo sintió la interpelación, elaboró respuestas acerca de la desactivación del movimiento estudiantil y, finalmente, llegó a plantearse su situación.

De un lado, la acción individual y, más aún, la acción colectiva pasa por cierta estabilidad en su reproducción familiar. No obstante, depender de un ingreso fijo, no modificado desde hace algún tiempo, ha constreñido su consumo, que nunca fue suntuario. Se siente expulsado de su rango social; es clase media en proceso de pauperización. De otro lado, no sólo su asiento clasista —que en muchos de nosotros es base fundamental para poder trabajar intelectualmente y no sumergirnos en la inseguridad— está en cuestión, sino que cayó en las redes del lenguaje intimidatorio estatal, lo que le ha descolocado respecto a la escena política. Todos, independientemente de la objetividad de nuestra acción política previa y actual, somos susceptibles de represión. Y con razón, se puso a pensar en la familia. Su conclusión: para mantener su identidad social y política, la solución es la migración internacional. Al salir de su casa, tuve pena de nosotros y un solo recuerdo: la migración definitiva más cercana que yo conocí es la de mi padre y de algunos amigos de Ambato a Quito.

La crisis y el autoritarismo nos empujan hacia el ámbito privado. Y también se reproducen los comportamientos del ámbito público. La inseguridad colectiva lleva a la inacción; al refugio en los

espacios controlables. Lo público —y más la acción pública— se maneja en los límites mínimos de lo posible. Todos llevamos un perfil bajo para enfrentarlo. Ejemplifiquemos con los obreros, quienes como grupo social y no como representación sindical, han cambiado los parámetros de sus comportamientos. La democracia levantaba reivindicaciones y expectativas de movilidad; ahora, el autoritarismo les sitúa por detrás de su propia retaguardia: el sostenimiento del empleo e ingresos adicionales más allá de la fábrica son las principales tareas. Por ello, no es extraño que el gobierno pueda de un lado proceder ágilmente en la negociación colectiva que desarticula y superficializa las acciones reivindicativas; y, de otro lado, intervenir contra los sindicatos a nivel de la fábrica para generar paralelismo o destruir la organización. En la medida en que esto ocurre, se acumulan pruebas de la debilidad de la organización social en que pretendió basarse la modernización política.

La limitación del acceso al mundo público y la reclusión en ámbitos privados, se emparenta cercanamente con la conflictividad existente y procesada a nivel local, microsocioal y personal. Guayaquil parece ser el mejor caso. Se suele opinar, que esta es una de las ciudades más violentas del Ecuador. Así es. En este caso la violencia estructura un sistema de comunicación entre actores locales, alrededor de temas específicos. Pero este sistema, a más de imponer una forma de tratamiento de la conflictividad, detiene las repercusiones del conflicto a nivel local. Es, en este sentido, el modo más funcional de detener el acceso de los conflictos a la política. Es posible que todos nosotros hayamos escuchado alguna vez, la esperanza de las clases medias quiteñas de que quizá Guayaquil no exporte su violencia. Refieren al carácter explosivo de esas contradicciones y que su tratamiento se recluya a ese ámbito.

La violencia curiosamente estructura un tipo de comunicación política, ante la ausencia de canales consensuales y de un procesamiento moderno de la conflictividad. Desde esta perspectiva puede ser entendido el caso de Toral Zalamea, que ejemplifica con bastante perfección, el modo como se constituye una parcela de poder, con base territorial, en que la violencia era parte consustancial de las relaciones entre los pobladores. En el ejemplo, toda la conflictividad yacente en el barrio era “representada” hacia el ámbito público

por la fuerza que Toral exhibía. La conflictividad y las demandas que basan esa "representación", no tenían por sí mismas lazos directos con otras formas nacionales o más amplias. Existían de modo virtual para la sociedad.

El caso referido no es el único. La ciudad está zurcida por "espacios de poder" similares y el poder urbano se estructura en base a las relaciones entre estos grupos. Conocemos de la aguda competencia por el control de las diversas partes de la ciudad. En esta competencia, los sujetos sociales no son representados por sus demandas, sino que se encuentran mediados clientelaramente por su ubicación en el control de una parte de la ciudad. Esta competencia estructura un sistema local de procesamiento de los conflictos basado en la coerción y el control.

A este segundo nivel, ya no existen los sujetos sociales demandantes sino los liderazgos, quienes enfrentan como tarea central la reproducción del control. No se trata de comandar la política, sino de ejercitar un control estable sobre el territorio, base de poder. Los partidos políticos no rompen con esta estructura, sino que se adecúan a la lucha por la ciudad. En este sentido, la lucha política no tiene ámbitos de resolución en la opinión política, ni en el consenso. Esta forma de hacer algo similar a la política termina en la neutralización de la conflictividad en que se basa y en su procesamiento al interior de las organizaciones y liderazgos que ejercen control y coerción.

A partir de una lucha social así organizada, las posibilidades de resolución de la política son escasas. Más aún, se reproduce constantemente y con la regularidad de un mito la neutralización de las partes. Del choque entre estas organizaciones y entre los liderazgos emerge, solamente, la disputa por fracciones del poder territorial que controlan, pero no la reorganización de la política. Aún a riesgo de hacer hipótesis inacabadas y difíciles, puede plantearse que Guayaquil es una ciudad con una muy débil o casi inexistente sociedad civil.

Cuando en la práctica política cotidiana se plantea que hay

partidos que no pueden "entrar" en Guayaquil y observamos el comportamiento masificado y polar de sus electores, finalmente, estamos refiriendo a un hacer político basado en el control, en que la competencia vinculada a imágenes ideológicas y valores de organización social, no tiene un lugar preferencial. Visto desde el lado de las organizaciones sociales, estas representan menos a la lógica de reivindicaciones de los sujetos sociales y adquieren personalidad en tanto articuladas al espacio de fuerzas de control de la ciudad. De algún modo, los conflictos no superan su estado de polarización y es ella la que impone reivindicaciones, al margen de los intereses clasistas u otros que generen identidad política.

Estos rasgos de la organización política de Guayaquil adquirieron perfiles más acusados en los últimos años y, en la actualidad, se los manipula con eficacia desde el Gobierno. Este elevó a primer plano de su gestión el problema del control de la totalidad de la ciudad, a la que entiende como base central de su legitimidad y respaldo para su gestión. Al hacerlo permitió —y de algún modo exacerbó— la generalización de la violencia. Varios grupos que lo apoyaron en la campaña electoral se sintieron respaldados para emprender un enfrentamiento definitivo contra los otros agentes del control de la ciudad generalmente identificados con los perdedores y actual oposición. Se dio inicio a una virtual "guerra sucia", que incluye asesinatos y acciones de terrorismo y lumpenaje urbanos, dentro de un contexto de cooptación estatal de las necesidades más inmediatas de las masas marginales. El "pan y el palo" fueron y son acciones simultáneas llevadas adelante por las formas regionales del Estado y por varios sujetos privados. Estos últimos recibieron un aval casi abierto al vandalismo. Se pretendía que de este enfrentamiento emergiera, al final, el gobierno como reconstructor de un orden despótico. Su apuesta hoy, es que la destitución del Alcalde lo permita.

La privatización de la represión aparecía como una vía para el control político de la ciudad. Se la experimentó y en un claro encubrimiento el gobierno se sustrajo de reprimir a las bandas paramilitares. No obstante, a estas formas desatadas de poder militar se opusieron formas similares, en la práctica, de poder paralelo.

Bajo este contexto, es posible entender, por qué en Quito el gobierno enfrenta al movimiento sindical acelerando la resolución de la contratación colectiva y por qué en Guayaquil la estrategia preferentemente utilizada es el paralelismo sindical y la utilización de paramilitares para reprimir a la organización clasista.

Frente a este caso de alta visibilidad de la violencia, de su institucionalización, de eficiente traducción desde su estatuto personal y local a la forma pública, la ciudad de Quito vive formas sutiles y casi invisibles de penetración de la violencia estatal en las relaciones sociales y su interiorización como autoritarismo personal. Vuelvo a una perspectiva que nace en lo íntimo, tal vez porque es la forma posible de abordar este nuevo tema.

Cuando se comentan las acciones del grupo guerrillero que opera en el país, se utilizan metáforas y voz baja. También yo suelo hacerlo y, consecuentemente en este artículo, no lo nombraré. De este modo, ratifico el estatuto de exclusión de la política a que se ha sometido esta cuestión. Sin embargo, mi hijo sí habla de él. Con sus compañeros de escuela inventan "cachos" y los comentan en voz alta. Quienes no lo hacemos, hemos interiorizado la represión latente y el temor. Tampoco es una cuestión pública el problema de la tortura y de la muerte, que asedian a quienes son acusados de pertenecer a este grupo. Es un "secreto a voces" a quienes han tomado presos, a quienes persiguen, de quien se dice que está siendo torturado. Al saberlo, más de una vez, la inseguridad se posesiona de mí. ¿Qué mecanismos operan en la mente del ecuatoriano cotidiano ante la evidencia de la represión? La pregunta comienza a roer mis sensaciones. Quisiera participar una.

Hace días, la política se redujo al enfrentamiento militar que llevaría a un desenlace inhumano del secuestro de un banquero. Se trató de presentar sus resultados en términos de que se estaba con los secuestradores o se apoyaba al gobierno. No había campo para terceras posiciones. Más aún, sin asco se trató de implicar y sugerir que los alcances del grupo —aquel cuyo nombre me reprimo de utilizar en estos párrafos— llegaban al conjunto de las organizaciones políticas de la oposición. Si Usted es opositor, de pronto y sin sa-

berlo, puede ser un militante de algo que no lo sabía y que no debe nombrarse. En fin, lo evidente es que se trató de utilizar el acontecimiento para obligar a una retirada de la oposición o a su salida inoportuna al escenario político. Lo menos evidente es la amenaza de que se buscan implicaciones hábilmente construidas entre la guerrilla y la oposición.

Junto con otros “sociólogos vagos” hemos escrito libros y artículos, cuyo destino —pese a los limitados tirajes y a su lenguaje— es que se lean y a crear criterios científicos de investigación de la realidad social y política. Los lectores —tanto los posibles como los actuales— evidentemente no se implican en nuestras opiniones, salvo que así lo deseen. Sin embargo, me nació la duda, de que si alguno de aquellos trabajos era leído por los guerrilleros implicaba una orgánica relación nuestra con ellos. Es evidente, que estaba jugando con mi fantasía y sin lógica. Pero la falta de lógica, se posesiona de las gentes y de los centros de poder.

Pensaba esto, mientras acompañaba a un duelo. Había muerto el padre de uno de los acusados de pertenecer a la guerrilla, ahora preso. Asistía por mi relación con otro familiar. Eramos tan pocos, los que no nos dejamos llevar por mi fantasía, que fácilmente podíamos reconocernos. Fue una concreta manifestación, de cómo el poder infiltra a la muerte y a sus manifestaciones sociales; o, de cómo el autoritarismo elimina la sensibilidad personal por el cuidado del cuerpo. En fin.

La muerte es convertida en un hecho solemne, cuando es sobre todo un acontecimiento íntimo. Pero la red de significaciones de esta muerte había convertido a este acontecimiento solemne en un acontecimiento político. La muerte es un acontecimiento íntimo de aquel que muere —gozará del acto más grande de libertad, la soledad infinita— y de aquellos que mueren un poco con el término de su relación. Esta intimidad es rota por nosotros, aquellos que sentimos la necesidad de expresar dolor y solidaridad al familiar cercano. Para hacerlo, es convencional llenar de solemnidad al espacio en que se lo hará. Bronces, ferétro, flores, luto, generan actitudes y comportamientos de los asistentes, ratifican los significados de la so-

ciudad y reemplazan a los cantos de otras culturas —en que la muerte adquiere forma social linderando sólo con la despedida y, quien sabe, algo de alegría espectante—. Pero esta muerte concreta transformó su solemnidad en desesperación política. Todos sabíamos que Juan estaba preso, ninguno de nosotros sabía con certeza si Juan estaba con vida. Más allá de la muerte de su padre, esta incertidumbre rondaba el ambiente. El autoritarismo se había ejercitado, no sólo sobre los no concurrentes intencionales, sino sobre nosotros. Tuve la idea macabra que, de algún modo, estábamos enterrando a Juan. Pero, no fue, ni será así. Aún aspiramos a derrotar el autoritarismo que infiltra nuestros sentidos.

Es dura y larga la tarea de descubrir estas otras formas de violencia que con sutileza forman parte ya de nuestras relaciones sociales y personales. Sin abandonar la sensibilidad, debemos ahora proceder a una reflexión sistemática. En política, la acción y la reflexión tienen que combinarse como el cuerpo y la cabeza deben coexistir en las personas. Debemos caminar hacia el logro de esta relación.

II. HACIA UNA CONCEPTUALIZACIÓN DE LA VIOLENCIA *

El capítulo anterior está fuertemente teñido de contenidos "intimistas". La cotidianeidad de la violencia política obliga a su reconocimiento a ese nivel. La rutinización puede conducir a su invisibilidad y, consiguientemente, a conclusiones erradas acerca de las formas autoritarias de la coyuntura actual. No obstante, debe trascenderse el reconocimiento de formas sociales en las experiencias individuales hacia un reflexión sistemática.

* Ver Verdesoto, Luis. "¿Por qué despotismo y violencia hoy en el Ecuador? Tres hipótesis para su estudio", Cuadernos Ciudad y Sociedad N° 9, CIUDAD, Quito, 1985

En las siguientes páginas pensamos también un horizonte prospectivo, obligación ineludible del análisis de coyuntura. El futuro en política no es consecuencia lógica, ni derivación matemática de las regularidades del presente. El riesgo de la equivocación es alto. No obstante, las tendencias del momento actual deben ser descubiertas y proyectadas como escenarios posibles, no necesarios. No se trata de entregar contenidos concretos sino pensar herramientas para entender y actuar sobre situaciones nuevas.

La violencia política no es un fenómeno nuevo en el Ecuador. El despliegue —que tiende a generalizarse— del autoritarismo social y estatal sí lo es. Al investigar la violencia y el autoritarismo hoy se corren riesgos de apresuramiento. Tratamos de evitarlos, pero sin eludir el estudio de su posible evolución. La infiltración del autoritarismo político en la cotidianeidad y la revelación del autoritarismo personal en las relaciones más básicas de la sociedad deben ser reconocidas desde un inicio. En suma, en política se corre el riesgo de que una “alerta temprana” pueda ser desconocida.

Debemos investigar el modo como la violencia empresarial y social se han universalizado, siendo su vehículo un sistema político en proceso de modernización. Creemos que no se trata de un retorno hacia atrás —hacia viejas formas de organización oligárquica de la política— sino de un avance del capitalismo por una vía despótica. Es decir, corresponde a un modelo más amplio de rearticulación del Estado y la economía/sociedad, en que compulsivamente se trata de llevarnos a una mercantilización acelerada y extrema de las relaciones sociales y políticas. Sus portadores —los neoconservadores criollos— sí han reconocido que la puerta de entrada para su reforma (o eventual revolución) es la desorganización del orden político previo y la conformación de uno nuevo.

Históricamente, la modalidad de acumulación periférica en base al sector externo como eje de rentabilidad, condujo a diversas situaciones regionales de despotismo económico para el control de la fuerza de trabajo. Igualmente, el proceso de urbanización creó aglomeraciones humanas y de servicios y mercados laborales basados en formas de violencia personal que sólo ocasionalmente emer-

gían como violencia colectiva, objeto de represión estatal para reconstituir el control social.

En la actual coyuntura esta violencia latente y estructural encontró interlocución en los estilos de conducción gubernamental. Amenaza con generalizarse bajo el alero estatal. De un lado, se entiende el hacer político como invasión de la sociedad civil, para procurar su reorganización política y rearticular el proceso de acumulación. De otro lado, la crisis y la reorganización económica levantan comportamientos de las masas vinculados al autoritarismo que estructura sus relaciones más inmediatas.

Una característica global de la modernización económica y política del país ha sido la transacción y las fórmulas de compromiso entre las cúpulas económicas y las élites políticas, que atenúan a la conflictividad. Finalizada la Revolución Liberal, la unidad estatal adquirió la forma de transacción y desarrollo limitado de la conflictividad. El sistema político se caracteriza por las transformaciones lentas y por opacar la conflictividad.

Los intentos de modernización política que se operan con la redemocratización también asumen estas características. De un lado, el proyecto de reformas de la política y la economía fue, finalmente, negociado en el contexto de incremento de los excedentes estatales y de crisis económica posterior.

De otro lado, se equiparó modernización política y forma ciudadana. Se ha negado la construcción de un sistema político que admita las necesidades expresivas de la sociedad civil por la emergencia de nuevos movimientos sociales.

Bajo este contexto, la violencia social se recluyó en las formas personales, que sólo ocasionalmente emergían como "explosividad social" en situaciones de severos deterioros de las condiciones de vida o como masa de maniobra en momentos de desborde de la negociación política de las cúpulas. La historia reciente tiene varios ejemplos, cuya referencia no es ahora necesaria.

La violencia personal e informal es parte del funcionamiento social cotidiano en la familia y en las organizaciones sociales y basa el funcionamiento del sistema político en base a compromisos. De un lado, a mayor insatisfacción de las necesidades económicas, se incrementa la violencia como parte de las estrategias de reproducción. Esta situación es fácilmente observable a nivel urbano a través de diversos índices de criminalidad y de incremento de las formas de despotismo, inseguridad y miedo que se dan en las ciudades. De otro lado, este incremento de la violencia cotidiana personal que se registra en la actualidad, recluye a un ámbito local y limitado a la conflictividad.

En una rápida caracterización podemos afirmar que en el Ecuador se había configurado una sociedad enancada en el Estado. El funcionamiento de la sociedad civil —como discurso, receptor del excedente económico y espacio de concertación de intereses— tuvo como referencia al Estado. Estos contenidos cambian en la actualidad hacia la intervención estatal activa en la mercantilización en las relaciones sociales y políticas.

Desde 1984 el discurso gubernamental tomó la ofensiva política respecto a la oposición de los partidos y los movimientos sociales. Entró al choque frontal quebrando la formalidad constitucional. La primera respuesta fue el desconcierto. El temor a caminar sólo fuera del margen estatal creó inseguridades colectivas. Aún no se redefine esta actitud. No se ha adoptado el punto de vista de la sociedad frente al Estado.

Junto al discurso autoritario aparecieron las primeras acciones para el debilitamiento de la sociedad civil. Lo más aplastante ha sido coartar a la opinión pública y conducirla dentro de los parámetros del interés gubernamental. El control severo de los medios de comunicación imposibilita a la sociedad transparentarse ante la escena política. Si bien, antes no existía una capacidad plena y formal de expresión de los antagonismos, la opinión era generalmente un neutralizador de acciones y, en algunos casos, el disenso político era veto.

Esta imposibilidad expresiva del disenso político ha creado dos situaciones que apuntan en diversos sentidos. De un lado, posibilita el uso abierto de la violencia como instrumento estatal —no sólo como discurso— y levanta a la violencia micro-social como práctica amplia que neutraliza la significación de la política. De otro lado, la violencia se legitima como forma contestataria en el sistema político. Por ello, no es extraño que movimientos que propagandicen la violencia armada se constituyan en actores políticos, pese a que su dimensión y penetración en la sociedad sea débil.

Una manifestación del despotismo del Estado contra la sociedad es la ilegalidad real tutelada por el poder institucionalizado. Tiende a crear reacciones inadecuadas desde la sociedad civil. La provocación gubernamental se inscribe en el marco de sus intentos refundacionales de la articulación Estado-sociedad. La violencia de la actualidad ecuatoriana no puede explicarse con argumentos voluntaristas acerca del estilo del personal político. En las “personalidades” de los cuadros se resumen facetas del funcionamiento social que se elevan a la calidad de procedimientos estatales. El equipo de más alto nivel del gobierno dejó ver en la campaña su vocación a representar los rasgos de patriarcalismo y fuerza del electorado. Trataron de legitimar como imagen de la sociedad a la organización empresarial. A su modo, convirtieron a lo privado en público. El objetivo político nacional debía ser la reorganización y la gestión de la sociedad como una empresa. También que el futuro de la sociedad era el futuro de la acumulación privada.

La ofensiva política gubernamental se plantea como tarea la legitimación del autoritarismo. Una vez conseguida, se exacerbará el uso “legítimo” de la violencia estatal y permitirá el control coercitivo de las reacciones sociales contra las políticas estatales en la crisis. Tratan, en última instancia, de operar desde la política hacia la economía: levantar facetas despóticas latentes o individuales en las organizaciones sociales y de la masa desorganizada, como contexto legitimador de la gestión pública de reactivación empresarial.

Las tendencias políticas de centro e izquierda aparecen como portadores del enfrentamiento y de la resistencia. La falsa disyunti-

va creada es discurso versus pragmatismo. El autoritarismo emerge por el medio como respuesta. Pretende identificarse con la demanda popular por políticas públicas. En tanto, la generación de consensos no tienen espacio por la frontalidad innegociable del choque impuesto por el Ejecutivo. En las expectativas de los ideólogos gubernamentales radicales un período de convulsión violenta de la sociedad concretaría un orden estatal funcional al neoliberalismo en el largo plazo.